

Conflictos por el tiempo Poder, relación salarial y relaciones de género

Enrique Martín Criado y
Carlos Prieto (coords.)

ENRIQUE MARTÍN es profesor de Sociología en la Universidad Pablo de Olavide y miembro del colectivo “Denunciemos los abusos patronales” (<http://www.abusospatronales.es>). Ha publicado libros y artículos sobre Sociología de la Educación, transformaciones en las familias de clases populares, metodología cualitativa y teoría sociológica. Sus libros más recientes son “Les deux Algéries de Pierre Bourdieu” (Croquant, 2008) y “La escuela sin funciones” (Bellaterra, 2010).

CARLOS PRIETO es catedrático emérito de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid, director del Grupo de Investigación de la UCM “Empleo, Género y Cohesión Social” (EGECO), director de la revista *Cuadernos de Relaciones Laborales*, miembro del Consejo de Orientación de la revista *Sociologie du Travail*, miembro del Comité de Dirección del Grupo de Investigación Internacional “Marché et Genre” (MAGE). Cuenta con variadas publicaciones sobre trabajo, empleo, relaciones de género y políticas sociales.

Conflictos por el tiempo

Poder, relación salarial y relaciones de género

ENRIQUE MARTÍN CRIADO
CARLOS PRIETO (COORDS.)

COLECCIÓN **DEBATE SOCIAL**



CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas

Colección: DEBATE SOCIAL

Coedición de la Universidad Complutense de Madrid y el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS)

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización expresa de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

© 2015, los autores de los textos

© 2015, los traductores

© 2015 *by* Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS)

c/ Montalbán, 8. 28014 Madrid

www.cis.es

publicaciones@cis.es

Catálogo General de Publicaciones Oficiales

www.publicacionesoficiales.boe.es

© 2015 *by* Universidad Complutense de Madrid

Servicio de Publicaciones

c/ Obispo Trejo, 3 28040 Madrid

www.ucm.es/servicio-de-publicaciones

servicio.publicaciones@rect.ucm.es

Primera edición: Octubre de 2015

Imprime: Gráficas Arias Montano

NIPO Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS): 004-15-037-7

ISBN Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS): 978-84-7476-694-3

ISBN Universidad Complutense de Madrid: 978-84-669-3507-4

Depósito Legal: M-31984-2015

Impreso en España - *Printed in Spain*



Índice

- 7 Introducción
 ENRIQUE MARTÍN CRIADO y CARLOS PRIETO

I. EL TIEMPO DESPOSEÍDO: LA OFENSIVA EMPRESARIAL

- 25 1. La disponibilidad temporal de los asalariados en la organización flexible del trabajo
 ESTEBAN MARTÍNEZ GARCÍA
- 49 2. *Venderás en domingo*. Las luchas por el tiempo en el sector de grandes superficies comerciales (1976-2011)
 PILAR CARVAJAL SORIA y ENRIQUE MARTÍN CRIADO
- 83 3. Tiempo del contrato y tiempo de la dosis; tiempo de vida y de muerte en la industria nuclear francesa
 ANNIE THÉBAUD-MONY
- 109 4. La limpieza, en la frontera del día y la noche
 HÉLÈNE BRETIN

II. ESTRATEGIAS Y RESPUESTAS: TIEMPO DE TRABAJO Y TIEMPO DE VIDA

- 121 5. ¿Compaginar horarios, trabajo y vida familiar? Tiempo de trabajo y tiempo de vida entre las enfermeras
 PAUL BOUFFARTIGUE
- 145 6. Tiempo, trabajo y bienestar: relato de un conflicto cotidiano
 SARA MORENO COLOM
- 169 7. El tiempo y la ciudad: dinámicas, conflictos y propuestas
 TERESA TORNÉS, SARA MORENO, VICENT BORRÁS y CAROLINA RECIO
- 193 LOS AUTORES

6. Tiempo, trabajo y bienestar: relato de un conflicto cotidiano

SARA MORENO COLOM

EL PODER DEL TIEMPO

El control del tiempo ha sido un símbolo de poder a lo largo de la historia de la humanidad ocupando el centro de muchos conflictos sociales. No es baladí que durante la Revolución Francesa se formulase una propuesta de calendario republicano o que durante la Revolución Industrial los principales movimientos obreros tuvieran como hito la reducción de la jornada laboral¹. Esta perspectiva histórica permite recordar que la organización social del tiempo es un viejo problema que emerge en la sociedad contemporánea con nuevos conflictos que buscan nuevas soluciones. Las razones de esta repetida emergencia deben buscarse en las transformaciones sociales que experimenta la sociedad occidental a lo largo de las últimas décadas del siglo XX. Estas transformaciones se deben, por un lado, a los cambios socioeconómicos que suceden a la crisis de la ocupación de los años 70 y, por otro lado, a los cambios sociodemográficos que supone la mayor presencia femenina en el mercado de trabajo, el envejecimiento de la población y la ausencia masculina en el ámbito doméstico. La flexibilidad del mercado de trabajo y la doble presencia femenina son algunas de las consecuencias que se suceden a estos cambios que, a su vez, ponen en cuestión la organización industrial del tiempo. Con el fin de dar respuesta a las necesidades sociales emergentes en el nuevo contexto, surge la idea de revisar el modelo temporal vigente desde el inicio de la industrialización.

Como explica Elías (1989) en su célebre ensayo sobre el tiempo, la sociedad occidental ha tendido a naturalizar la manera en que se usa, distribuye y da significado al tiempo, si bien el reloj y el calendario son convenciones humanas que recuerdan su carácter social. En este sentido, se observa que a lo largo del proceso de industrialización se construyen y establecen las características que convierten el tiempo en una institución central de la sociedad al

1. En alusión a la reivindicación del 8x3 que el movimiento obrero formula, al final del siglo XIX en el ámbito internacional, para conseguir jornadas laborales de ocho horas que permitan dedicar, entre las horas restantes, ocho a la vida personal y ocho al descanso.

vincularlo con el trabajo remunerado (Hobsbawn, 1979; Thompson, 1979). La historiografía muestra como la jornada laboral se convierte en el punto de referencia de todos los otros tiempos sociales, el eje central alrededor del cual pivota la organización de la sociedad en general y de la vida cotidiana de las personas en particular.

A finales del siglo XX, esta lógica del tiempo industrial basada en la homogeneidad y la sincronización de la pauta temporal se encuentra con una sociedad cada vez más compleja y heterogénea. Una sociedad que percibe el tiempo como un bien escaso, como algo que se escapa del control de las personas en un marco que, paradójicamente, garantiza más libertad de elección (Luhmann, 1986; Ramos, 1997; Adam, 1999). La falta de sintonía entre la lógica temporal y las necesidades sociales irrumpe con la desincronización de los tiempos sociales (Boulin, 1997; Prieto-Ramos, 1999). Aunque desde la Sociología se sabe que las características del tiempo como recurso escaso no coinciden con los otros recursos como el dinero o el empleo, a nadie se le escapa que, en este contexto, tras la escasez de tiempo reside parte del conflicto social. Básicamente, porque para muchos colectivos la organización social del tiempo vigente no se ajusta a su cotidianidad.

La necesidad de revisar el modelo temporal se añade a la necesidad más genérica de repensar el estado del bienestar ante los síntomas que evidencian el agotamiento del viejo modelo keynesiano (Adelantado, 2000). En este contexto, el trabajo de cuidado aparece como un nuevo reto para los regímenes de bienestar (Daly-Lewis, 2000). Tradicionalmente los cuidados han formado parte del mundo de las mujeres dentro del ámbito doméstico, pero los cambios sociodemográficos de las últimas décadas implican nuevos conflictos sociales que evidencian viejas desigualdades. En este sentido se cuestionan un conjunto de aspectos acerca de la distribución de las responsabilidades de cuidado, la manera cómo se organizan y los costes que generan para el bienestar cotidiano. El tiempo dedicado al trabajo de cuidado puede generar malestar a las personas que asumen su responsabilidad en la medida que no disponen de tiempo para sí mismas.

El carácter complejo y pluridimensional del concepto tiempo (Bergmann, 1992), explican porque los conflictos que genera en la vida cotidiana de las personas se muestran bajo múltiples caras en la sociedad contemporánea: inestabilidad laboral, flexibilidad del tiempo de trabajo, horarios atípicos, doble presencia, incertidumbre sobre el proyecto de vida, estrés, falta de tiempo libre o aceleración del ritmo de vida. Sin embargo, el componente subjetivo que incorporan estas caras da cuenta del sentido individual que acompaña su vivencia y de la dificultad para articularlas en forma de demandas colectivas. En todas estas situaciones, el tiempo aparece como un factor de bienestar cotidiano que en situaciones adversas produce malestar, conflicto y desigual-

dad. Esta relación del tiempo con el bienestar se hace visible, especialmente, a través del trabajo. O bien, como apuntan Prieto-Ramos “¿Hay en el trabajo alguna cosa más evidente que el tiempo? (1999:472)”. Partiendo de la idea de que todo el tiempo no es trabajo pero que todo el trabajo supone tiempo, este capítulo analiza el tiempo de trabajo como factor de bienestar en el contexto de la vida cotidiana².

BREVE APUNTE TEÓRICO Y METODOLÓGICO

El análisis del tiempo de trabajo como factor de bienestar se sitúa en la vida cotidiana que, como advierte Elías (1995), es un concepto sencillo y complejo a la vez: se usa con frecuencia en el lenguaje común pero nadie sabe cómo definirlo. Una de las pocas voces que se aventura en esta difícil tarea es Heller (1977). Según ella, la vida cotidiana es el conjunto de actividades necesarias para la reproducción de la vida humana. Posteriormente, algunas sociólogas italianas se refieren a la vida cotidiana como este escenario material que arroja la reproducción social y le añaden la importancia del mundo simbólico (Bimbi-Cappechi, 1986). A partir de la vida cotidiana, es posible dibujar tres ejes que sirven de marco teórico para el estudio del tiempo de trabajo como factor de bienestar.

El primero de estos ejes propone un cambio de enfoque en la concepción del bienestar con el paso del bienestar material al bienestar cotidiano. Este cambio pretende añadir la aproximación micro a la perspectiva económica y productivista que a menudo se usa para definir y medir el bienestar. Ello permite considerar los tiempos y los trabajos “objetivables” con dinero, así como los tiempos y los trabajos no reconocidos económicamente, pero imprescindibles para la reproducción y el bienestar de las personas. Se parte de un concepto de bienestar que tiene que ver con aspectos materiales y simbólicos, con la idea de que más tiempo no siempre supone más bienestar, sobre todo cuando este tiempo se relaciona con el trabajo.

El segundo eje teórico defiende que la medida de las necesidades individuales y sociales debe superar el nivel de los riesgos vinculados a la ausencia de empleo y a las condiciones laborales del trabajo remunerado. En este sentido, se incorpora la perspectiva de género que permite observar cómo el trabajo no es sinónimo de empleo y cómo el tiempo no siempre es la jornada laboral. Por el contrario, se defiende el trabajo doméstico, el trabajo de cuidados y el tiempo de vida. Distintas autoras recuerdan que el tiempo es un

2. El capítulo presenta parte de los resultados obtenidos en el trabajo de tesis doctoral “Tiempo, trabajo y bienestar: una aproximación desde la vida cotidiana” (<http://www.tesisenxarxa.net/>). La tesis se defendió el septiembre de 2007 en la Universidad Autónoma de Barcelona y el trabajo de campo se realizó durante el año 2006. Por lo tanto, la lectura debe tomar en cuenta que los datos empíricos analizados son anteriores al período de crisis económica iniciado en 2007.

buen instrumento para hacer visible el valor social y económico del trabajo doméstico y las relaciones de poder que se ocultan con su invisibilización (Carrasco *et al.*, 2011). Desde este prisma, se observa que el aumento de la actividad laboral femenina durante las últimas décadas del siglo XX en un escenario donde persiste la división sexual del trabajo da como resultado la doble presencia femenina. De esta manera surge la reivindicación de más tiempo de vida por parte de muchas mujeres que viven acumulando tiempo de trabajo remunerado y tiempo de trabajo doméstico y de cuidados.

El tercer eje de la perspectiva teórica subraya la importancia de tener presente la doble dimensión del tiempo: objetiva y subjetiva. Se considera igualmente importante analizar el uso que las personas hacen del tiempo como el significado que le dan a dicho uso. Ello supone analizar, junto a las horas dedicadas a las distintas actividades cotidianas, las percepciones subjetivas que las acompañan. Tanto los usos como los significados del tiempo de trabajo dan una nueva visión de las desigualdades sociales en la medida que condicionan las oportunidades de acceso a los recursos y el bienestar que ofrecen. Ello explica porque las actitudes y los comportamientos relacionados con el uso social del tiempo de trabajo están sujetos a la estructura social, es decir, dependen de la clase, el género, la edad y la etnia.

A partir de este planteamiento teórico, se analiza el tiempo de trabajo como factor de bienestar a través de un conjunto de entrevistas biográficas con el objetivo de comparar la vida cotidiana de dos generaciones³. Por un lado, se analiza la realidad cotidiana de los hombres y las mujeres nacidos entre 1946 y 1950 en distintas condiciones materiales. Esta generación centró su paso por la juventud coincidiendo con el desarrollo industrial de los años 60, y con los cambios estructurales y culturales de esta época conocida con el nombre del “desarrollismo español”. Por otro lado, se analiza la experiencia biográfica y la cotidianidad de los hombres y las mujeres nacidos entre 1971 y 1975. En contraste a la generación mayor, ésta vivió su juventud en un contexto marcado por la crisis económica de los años 90, los cambios en los sistemas de producción y el mercado laboral, aunque disfrutaron de la extensión de los derechos civiles y sociales que supuso la muerte de Franco y el inicio de la transición hacia la democracia política. La comparación de ambas generaciones pone de manifiesto hasta qué punto el tiempo de trabajo emerge como factor de bienestar cotidiano en la sociedad contemporánea. Con todo, es importante subrayar que el trabajo de campo se realizó durante los últimos meses del año 2005, por lo tanto, en un contexto socioeconómico de crecimiento del empleo y expansión económica.

3. En concreto, el trabajo de campo realizado para la elaboración de la tesis doctoral incluye la realización de 36 entrevistas biográficas a ocho perfiles sociológicos definidos según las variables: clase social, género, edad, situación laboral y responsabilidades de cuidados.

LOS CONFLICTOS COTIDIANOS DEL TIEMPO

La importancia del tiempo como factor de bienestar cotidiano es visible cuando la vida cotidiana es problemática. Las fuentes del problema siempre tienen que ver con el tiempo de trabajo remunerado, el tiempo de trabajo doméstico y el tiempo de cuidados. Ahora bien, el contenido, el significado y la manifestación de los conflictos cotidianos del tiempo difieren según los colectivos sociales.

El tiempo de trabajo remunerado: nuevas expectativas, viejas estructuras

El análisis de la trayectoria laboral de las dos generaciones estudiadas pone de manifiesto que las garantías sociales que representaba el trabajo remunerado para la generación mayor se convierten en incertidumbres para la generación joven. La principal explicación de este cambio es la flexibilización del mercado de trabajo donde parte de sus causas y consecuencias se manifiestan en forma de tiempo. En efecto, la flexibilidad adopta múltiples formas temporales que van desde los horarios atípicos hasta los contratos temporales. Todas ellas son las nuevas caras del trabajo remunerado que se encuentra la generación joven cuando se incorpora por vez primera en el mercado de trabajo. La sensación de inestabilidad y vulnerabilidad es común entre estos jóvenes que crecieron en un contexto donde formalmente se garantizaba menos tolerancia social hacia la precariedad laboral en comparación a la vida por sus progenitores. Sin olvidar que la precariedad laboral formó parte de las primeras experiencias laborales de la generación mayor, esta no estaba reñida con la estabilidad laboral.

Las diferencias generacionales en las prácticas y los discursos sobre la precariedad se explican por la transformación del contenido y el significado de este término. En los relatos de la generación mayor aparecen numerosos episodios de precariedad laboral que actualmente serían condenables como prácticas totalmente ilegales en términos de explotación infantil, riesgos para la salud o condiciones laborales adversas. Si entonces el conjunto de estas prácticas se aceptaba socialmente, hoy se asumen individualmente. Bajo la ilusión democrática de una sociedad más igualitaria y libre, crece el consentimiento de la generación joven hacia formas de trabajo contrarias al bienestar cotidiano en forma de horarios atípicos, inestabilidad laboral y temporalidad contractual.

En este sentido, sorprende que la transformación flexible del tiempo dedicado al trabajo remunerado no cuestione la centralidad material y simbólica de la jornada laboral en la organización de la vida cotidiana. Es decir, la generación joven sigue construyendo su proyecto de vida en función de

su trayectoria laboral y, como consecuencia, persiste la norma horaria industrial en su cotidianidad. Y lo hace, a pesar del aumento de la incertidumbre y la variabilidad de los horarios que introduce el modelo de la flexibilidad en los sistemas de producción y la organización del trabajo. En este nuevo escenario de incertidumbre laboral, el control flexible del tiempo de trabajo y la sociedad de consumo refuerzan la centralidad de la jornada laboral en la organización de la vida cotidiana.

En efecto, la lógica de la flexibilidad introduce nuevas formas de organización del trabajo que, a diferencia de la lógica fordista-taylorista, a menudo son invisibles para los trabajadores y las trabajadoras. Esta falta de visibilidad y percepción de las formas de control sobre el trabajo explica porque muchas personas jóvenes tienen la sensación de controlar el tiempo de trabajo a pesar de la incertidumbre temporal que ampara su situación laboral. Algunas personas viven positivamente la flexibilidad del tiempo de trabajo porque la perciben como una forma de libertad. Pero la ausencia de horarios rígidos no compensa el incremento de disponibilidad hacia el trabajo que requieren muchas empresas.

El hecho de crecer en un contexto democrático transmite a la generación joven una sensación generalizada de libertad y capacidad de decisión sobre el propio proyecto de vida. Esa libertad contrasta con la rigidez que marcó la trayectoria vital de sus padres y madres durante la misma fase del curso de vida. Pero a través de las entrevistas se observa una contradicción entre lo prometido y la realidad cotidiana de la generación joven. Al final parece que sus nuevas expectativas y aspiraciones acaban ajustándose a las viejas normas que persisten en los valores sociales vigentes. Entonces, la libertad resulta azarosa cuando se analiza la centralidad de la jornada laboral en la organización de la vida cotidiana, pero se convierte en engañosa cuando se analiza el peso del trabajo remunerado en el diseño del proyecto de vida. Básicamente, porque la prometida y al mismo tiempo deseada autonomía generacional está sujeta a las condiciones materiales de existencia:

Y es el miedo que tengo yo a cambiar el tipo de trabajo. Más vale malo conocido que bueno por conocer. Pues actualmente por eso sigo ahí y no hago ningún cambio. Eso y el conseguir un trabajo, no tener dificultades en hacer mis cosas (HJT)⁴.

4. Las claves para leer el perfil de las personas entrevistadas son:

H: hombre

M: mujer

G: generación grande

J: generación joven

T: clase trabajadora

M: clase media

C: responsabilidad cuidados personas dependientes

Aunque la generación joven cree en las posibilidades de movilidad social, las trayectorias de la vida cotidiana de sus miembros evidencian el carácter iluso de este imaginario colectivo que esconde desigualdades de clase y género. En este sentido, se observa que los factores estructurales irrumpen con más fuerza que los factores generacionales. Es decir, la clase social explica las principales transformaciones que recogen las representaciones sociales acerca del tiempo de trabajo remunerado.

Las personas de clase media dan un significado expresivo al trabajo remunerado que contrasta con el valor instrumental que le atribuyen las personas de clase trabajadora: las primeras viven para trabajar y las segundas trabajan para vivir. Se trata de una diferencia con raíces históricas puesto que, como apunta Estradé (1989), durante la industrialización, la ética protestante⁵ solo busca legitimar la ética burguesa del trabajo profesional y, en ningún caso, intenta dignificar el trabajo de los obreros industriales. Las expectativas que los padres y las madres proyectan en el futuro de sus hijos e hijas dan cuenta de la relación entre la concepción del trabajo y la clase social. A partir de las entrevistas se observa como la clase trabajadora subraya el trabajo como fuente de seguridad material más allá de su contenido. En cambio, las familias de clase media fijan la atención en los aspectos creativos deseando que sus hijos e hijas se realicen desarrollando su vocación en el ámbito laboral.

Al lado de la clase social, el género también condiciona la trayectoria laboral y, por consiguiente, el tiempo dedicado al trabajo remunerado de ambas generaciones. Una de las mayores evidencias se observa cuando se analizan las entradas y las salidas del mercado de trabajo. Si bien es cierto que el discurso de las personas entrevistadas se representa en estas entradas y salidas como transiciones elegidas, lógicas o casuales, no es menos cierto que los hechos que acompañan estas representaciones responden a relaciones asimétricas de poder. El servicio militar como salida masculina y el cuidado como salida femenina no son hechos casuales de las generaciones estudiadas. Tampoco es casualidad que el desempleo condicione de distinta forma la trayectoria vital de los hombres y las mujeres: mientras que el paro femenino es una oportunidad para los cuidados, especialmente la maternidad, el paro masculino pone en tela de juicio el rol de ganador de pan:

Desde el 4 de..., desde el 4 de septiembre hasta el 2 de noviembre estuve parado y esta casa funcionaba, seguía funcionando, seguía consumiendo y yo me iba a consumir también. No encontraba empleo. La ruina (HJTC).

El contexto de socialización de la generación joven explicaría porque sus coetáneos, sobre todo las mujeres de clase trabajadora, viven estas entradas y

5. En alusión a la tesis que Max Weber defiende en "La ética protestante y el espíritu del capitalismo".

salidas con más contradicción que la generación mayor. Su experiencia biográfica muestra cómo el discurso de la igualdad formal que ha acompañado las aspiraciones del proyecto de vida no se corresponde con la realidad desigual y precaria del mercado de trabajo. Dicha falta de coincidencia supone un enfrentamiento entre las lógicas individuales y las lógicas sociales que se imponen con el peso de los valores industriales y patriarcales sobre el proyecto de vida y la cotidianidad:

Me levanto a las 5:15h o así; me lavo o me ducho, voy a trabajar. Llego al trabajo... Llego a las 14h... Llego aquí, bajo la cena de él, la comida del día siguiente, mi cena, y lo espero a que venga. A las 11, 11 y media, 12, depende de la hora en que venga; a lo mejor viene pronto, a las 9. Y cuando viene, le pongo la cena y me voy a la cama! (MJT)

En definitiva, persisten los conflictos relacionados con el tiempo de trabajo remunerado porque persiste el peso del imaginario fordista-taylorista y la división sexual del trabajo. La flexibilidad del mercado de trabajo introduce un cambio de escenario pero no de telón: se mantiene el control de la mano de obra a través del control del tiempo de trabajo. La gestión flexible del trabajo remunerado se presenta con aspiraciones de mayor libertad, heterogeneidad y capacidad de decisión. Pero como muy acertadamente apunta Seifert (2004), los cambios que ha sufrido el trabajo remunerado en los últimos años conllevan el paso de la jaula dorada a la libertad azarosa. Es decir, se ha pasado de la certeza laboral y la rigidez temporal vigente durante la época dorada del capitalismo a la incertidumbre laboral y la flexibilidad temporal propia de las sociedades occidentales contemporáneas. Los discursos no coinciden con las prácticas, la brecha que se abre introduce el conflicto en la vivencia de los tiempos.

El tiempo de trabajo doméstico: origen del conflicto cotidiano

La segunda fuente de conflicto cotidiano con relación a los tiempos es el trabajo doméstico. Si el origen del problema del tiempo de trabajo remunerado es la división social del trabajo, el origen del problema del tiempo de trabajo doméstico es la división sexual del trabajo. La persistencia de esta división explica por qué muchas mujeres, sobre todo las más jóvenes, viven su cotidianidad como un conflicto latente pero permanente con sus parejas.

A partir de las entrevistas se observa cómo las mujeres de la generación mayor interiorizan y naturalizan el rol de ama de casa en su proyecto de vida. Ello explica por qué las decisiones que toman y los cambios que realizan siempre son en función de sus responsabilidades domésticas. Al no cuestionarse la división sexual del trabajo doméstico, su cotidianidad transcurre sin demasiado conflicto con los usos del tiempo.

Por el contrario, las mujeres de la generación joven, socializadas en un contexto democrático favorable a la igualdad de oportunidades, crecieron con la expectativa de un proyecto de vida indiferente al género y sujeto a la libertad de elección. En muchos casos, la vida laboral adquiere mayor protagonismo en el proyecto vital a la par con la pérdida de legitimidad del tiempo dedicado al trabajo doméstico. Esta pérdida de legitimidad se refuerza con la creciente oferta del mercado privado dispuesto a atender las necesidades de la vida cotidiana con nuevos servicios y mayor desarrollo tecnológico. El conjunto de estos factores contribuye a reforzar la invisibilidad del tiempo dedicado al trabajo doméstico, así como su aportación al bienestar cotidiano. Pero este trabajo es imposible de externalizar en su totalidad por cuanto incorpora de gestión, planificación y conocimiento de la realidad cotidiana.

A pesar de las expectativas e ilusiones de igualdad generadas entre las mujeres de la generación joven, persiste el peso simbólico del modelo patriarcal en el imaginario colectivo. Lo cual explica por qué, a diferencia de las mujeres de la generación mayor, sus actitudes a la hora de pensar y diseñar el proyecto de vida no coinciden con su comportamiento en la vida cotidiana: asumen mayor responsabilidad del trabajo doméstico en comparación con sus parejas. La brecha que separa el discurso, sobre un nuevo modelo familiar más equitativo en cuanto a los tiempos de trabajo, de la práctica feminizada produce, entre las mujeres jóvenes, malestar y conflicto en el ámbito doméstico.

Distintos estudios apuntan que a lo largo de los últimos años se han debilitado más las relaciones de poder paterno-filiales que las relaciones de poder entre marido y mujer (Bimbi, 1999). En el caso español, la desaparición de la dictadura franquista supuso el inicio de un escenario de deslegitimación de las relaciones familiares de tipo tradicional, aunque este proceso no ha logrado garantizar la desaparición de la autoridad centrada en el cabeza de familia dentro del hogar (Valiente, 1997). Esta falta de correspondencia entre la igualdad formal y la igualdad real da lugar a un falso discurso entre la generación joven donde la voluntad de igualdad esconde el peso simbólico del modelo patriarcal tradicional. El contenido y el significado del tiempo dedicado al trabajo doméstico pone de manifiesto la persistencia de las pautas socioculturales que atribuyen al hombre el papel de cabeza de familia y a la mujer el papel de ama de casa. En esta tesitura, las mujeres jóvenes dicen sentirse engañadas por la sociedad y sorprendidas al descubrir que sus colegas masculinos viven y piensan la cotidianidad de manera distinta a la suya. Como apunta Saraceno (1986), emerge la estructura sexuada de la vida cotidiana como resultado de la socialización diferencial por razón de género. La diferencia entre hacer y pensar el trabajo doméstico constituye el núcleo del conflicto cotidiano de los tiempos entre las parejas de la generación joven:

Sí. Los trabajos domésticos sí, pero es que, claro, eso no es todo. ¡Y de hecho casi es más importante lo otro! El pensarlos (MJM).

Por un lado, las tareas domésticas se suelen repartir equitativamente entre las parejas jóvenes si bien el contenido de las mismas está relacionado con el género. Los trabajos más feminizados suelen ser los que cuentan con menor reconocimiento social y mayor carga simbólica negativa, buenos ejemplos son limpiar y planchar. Por el contrario, los trabajos masculinizados coinciden con los más valorados y visibles socialmente, buenos ejemplos son cocinar y comprar.

Por otro lado, pensar, organizar y gestionar las tareas domésticas son actividades imprescindibles para el bienestar cotidiano pero difíciles de objetivar y distribuir entre la pareja. La principal dificultad reside en el hecho de que las mujeres perciben su necesidad y los hombres ni la conciben. Además, la dificultad de medir e interiorizar la gestión doméstica convierte la responsabilidad de dichas tareas en la principal causa del conflicto y el malestar cotidiano que viven muchas mujeres jóvenes. Las sutiles diferencias de género en el proceso socializador dan como resultado la interiorización del rol femenino con la necesidad de pensar, ver y organizar el trabajo doméstico. Por el contrario, las características del rol masculino son ajenas a cualquier responsabilidad doméstica. Ello explica por qué los hombres ni piensan ni ven necesarias muchas de las tareas que sus parejas consideran imprescindibles dentro del hogar. Como síntesis, se podría decir que los hombres jóvenes entran en el ámbito doméstico por la cocina mientras que las mujeres no consiguen quitarse la casa de la cabeza.

Con todo, estas jóvenes viven una situación de ambigüedad simbólica (Prokop, 1978) y de doble presencia material (Balbo, 1978). Su identidad social se mueve entre dos aguas enfrentadas en su cotidianidad, a saber, la vida laboral y la vida familiar. De todas las estrategias ideadas para conciliar los tiempos en conflicto, la opción de cambiar los roles y los hábitos dentro de la pareja es la menos probable. La mayoría de mujeres cede ante sus parejas porque prefieren no afrontar los inconvenientes cotidianos de la división sexual del trabajo. El resultado es la feminización del conflicto de los tiempos en la medida que las mujeres asumen una mayor carga total de trabajo para ahorrarse costes emocionales. Mientras que las jóvenes se resignan con la gestión, las mayores no quieren perder el monopolio del orden doméstico y prefieren evitar las interferencias masculinas.

Y entonces, me di cuenta que las mujeres dentro de casa también tenemos mucho poder, y que tampoco nos gusta que nos quiten ese poder. A mí me gusta mucho saber que esto es mi espacio. La casa es mi espacio, porque yo puedo decir: Hazme esto, haz aquello, haz lo otro (MMM).

Estas diferencias generacionales explican por qué el camino del cambio es más duro para las mujeres jóvenes: para mantener el nivel de bienestar cotidiano deseado deben asumir la responsabilidad del trabajo doméstico contra todo pronóstico social. Esta asunción no es neutra, pues tiene efectos sobre sus expectativas profesionales y consecuencias sobre su identidad social.

Cuando se compara la vida cotidiana de las generaciones estudiadas se pone de manifiesto que el volumen y el contenido del trabajo doméstico se ha transformado a lo largo de los últimos años. El análisis del tiempo de trabajo doméstico en el caso de las parejas jóvenes sin hijos da cuenta de las estrategias femeninas para evitar el conflicto y mantener el nivel de bienestar cotidiano, así como de las estrategias masculinas para evitar asumir responsabilidades y mantener un reparto aparentemente equitativo.

De entrada, se observa que el estilo de vida de las parejas jóvenes de doble ingreso sin hijos a cargo reduce, considerablemente el tiempo dedicado al trabajo doméstico en comparación a las parejas mayores sin responsabilidad de cuidados. La centralidad de la jornada laboral, el soporte de la familia o los productos que ofrece la sociedad de consumo son factores que permiten vivir sin apenas dedicar tiempo a cocinar, limpiar, planchar o ir a comprar alimentos y productos de limpieza. Las pautas de comportamiento y los hábitos de esta generación responden a unos valores totalmente diferentes en comparación a sus progenitores. Se pasan el día fuera de casa, comen en el trabajo o van a casa de la madre, están acostumbrados a cenar cualquier cosa fría, compran por Internet y, si pueden, tienen una persona contratada para limpiar y planchar. Lo que de entrada podría parecer el estilo de vida de un hombre soltero, donde el bienestar cotidiano lo procuran los servicios mercantilizados, es la realidad cotidiana que se desprende de algunas entrevistas a hombres y mujeres de la generación joven que forman parejas de doble ingreso viviendo y trabajando en un contexto urbano. Este estilo de vida, sujeto a las condiciones materiales, contribuye a invisibilizar el trabajo doméstico, especialmente, durante los días laborales. Y, por consiguiente, facilita la ocultación del conflicto cotidiano que supone la división sexual del trabajo. Las pocas tareas que quedan por hacer, se suelen repartir equitativamente entre la pareja, o hasta se llegan a individualizar según las necesidades generadas por cada uno:

El tema de la ropa, cada uno hace su ropa. Planchar cada uno plancha lo suyo (HJM).

Detrás del cambio en el estilo de vida aparece un cambio en la concepción del bienestar: es preferible disponer de más tiempo libre que dedicar una hora a prepararse una buena cena. La familia y el mercado ofrecen alternativas suficientes para ahorrar tiempo al trabajo doméstico y minusvalorar

su aportación al bienestar cotidiano. Pero lo que se percibe como un ahorro de tiempo no se traduce ni en más tiempo de libre disposición personal para las mujeres, ni en más bienestar cotidiano dentro del hogar. En primer lugar, porque las pocas tareas domésticas a realizar no anulan el trabajo de gestión del hogar que asumen, mayoritariamente, las mujeres. En segundo lugar, porque el estilo de vida de la generación joven pone en duda la capacidad de cuidar de sí mismo⁶, aspecto de primordial importancia para el bienestar cotidiano.

Ciertamente, la ausencia de cargas rígidas de cuidado facilita la gestión y la distribución del poco tiempo dedicado al trabajo doméstico al presentarse menos rígido y sincrónico. En este sentido, la distribución del trabajo doméstico muestra otro cambio generacional. Las parejas sin hijos pueden acumular en días y horas concretas la realización de las tareas domésticas porque no existen terceras personas a las que procurar el bienestar cotidiano. Ello explica por qué se suele dejar para el fin de semana la realización de las tareas domésticas sin demasiada exigencia al respecto:

Normalmente el fin de semana nos ponemos entre los dos. Sábado. ¿Sábado? Lo hacemos el sábado o domingo, y a veces si nos vamos por ahí, pues no lo hacemos (MJM).

Pero la acumulación del trabajo doméstico durante el fin de semana supone un peligro: organizar los tiempos según el modelo patriarcal del cabeza de familia. Básicamente, porque con la desaparición de la centralidad de la jornada laboral durante los sábados y los domingos es más fácil la reaparición de los roles de género (Durán-Rogero, 2004; MacInnes-Solsona, 2006). La asunción femenina de responsabilidades domésticas frente a la despreocupación masculina es especialmente visible entre las personas jóvenes de clase trabajadora. Así se evidencia cuando se analiza su experiencia acerca del periodo vacacional. En este caso, la vivencia del tiempo difiere según el género hasta el punto que para los hombres las vacaciones son tiempo de libre disposición personal, mientras que para las mujeres implican más tiempo dedicado al trabajo doméstico:

Las vacaciones, todavía no ha hecho las maletas y ya ha desconectado. Y yo llego, hago las maletas, llego aquí como las niñas, me vuelvo loca, deshago maletas, organizo (MJTC).

En resumen, el análisis del tiempo dedicado al trabajo doméstico da cuenta, nuevamente, de la brecha que separa el discurso de la práctica cotidiana en el caso de la generación joven. De hecho, el cambio de discurso repre-

6. Picchio (1992) se refiere a dicha capacidad analizando el caso de los maridos dependientes de sus esposas.

senta el cambio generacional: los hombres y las mujeres jóvenes se muestran favorables a la igualdad de oportunidades dando por supuesto que cualquier discriminación por género en el interior de la pareja es intolerable. Pero el uso del tiempo en la vida cotidiana da cuenta de la continuidad generacional con relación a los roles de género. Las mujeres jóvenes manifiestan decepción y sorpresa al comprobar que los obstáculos socioculturales impiden adecuar el discurso de la igualdad a la realidad cotidiana. Estos obstáculos reflejan el peso simbólico del imaginario patriarcal que se impone en la organización de los tiempos con el modelo del cabeza de familia. En cualquier caso, los límites del cambio generacional difieren según la clase social.

La cotidianidad de las mujeres de clase trabajadora con bajo nivel de estudios se asemeja, en muchos aspectos, a la de sus madres. Son las principales responsables de la realización y la gestión del tiempo de trabajo doméstico. No suelen reclamar la implicación de sus parejas en las tareas de gestión, en todo caso, se les reclama ayuda en la realización de determinadas tareas domésticas. Esta aceptación acrítica de una mayor carga total de trabajo responde, en parte, a una actitud que confunde machismo y autoritarismo masculino. La ausencia de agresiones físicas dificulta reconocer una posición de subordinación en la relación de pareja dentro del hogar.

Contrariamente, las mujeres jóvenes de clase media se hacen eco del conflicto cotidiano que, implícita o explícitamente, regula su relación de pareja. A pesar de asumir menos carga total de trabajo en comparación a las mujeres de clase trabajadora, manifiestan el malestar que les produce asumir en solitario las tareas de gestión del hogar. Unas tareas que ni el mercado ni la familia pueden cubrir y suplir. La dificultad cultural por compartir con su pareja la responsabilidad de unas tareas que ocupan tiempo pero no espacio pone de manifiesto la importancia del tiempo como factor de bienestar cotidiano. La dificultad que supone objetivar y visibilizar las tareas de gestión da cuenta de lo difícil que resulta compartirlas. Estas responsabilidades recaen sobre las únicas personas del hogar que las perciben: las mujeres. Unas mujeres que prefieren no asumir los costes que implica negociar con sus parejas el reparto del *management* cotidiano (Torns, 2007) y ceden ante un conflicto que, paradójicamente, les genera malestar para asegurar su bienestar en el ámbito cotidiano. No asumir los costes cotidianos de la tensión al inicio de la convivencia tiene un precio cuando crece el volumen de trabajo doméstico con la responsabilidad del cuidado de los hijos.

El tiempo de trabajo de cuidado: núcleo del conflicto cotidiano

La tercera fuente de los conflictos cotidianos del tiempo es el trabajo de cuidado. Que se relate en tercer lugar no significa que sea el trabajo menos

importante en el análisis de los tiempos. Más bien al contrario, las entrevistas muestran cómo la responsabilidad del trabajo de cuidados emerge, en muchas ocasiones, como el núcleo del conflicto de los tiempos. La rigidez de las tareas de cuidado puede llegar a ser incluso mucho más servil que algunas de las tareas básicas para el mantenimiento de la infraestructura del hogar. Históricamente entre la burguesía, la limpieza de la casa y el cuidado de la ropa se atribuía al servicio doméstico, actualmente dichas tareas arrastran esta idea de sumisión. Esta herencia simbólica explica por qué son las primeras tareas que se externalizan cuando existen los recursos necesarios para ello (Fraisse, 2000). Por el contrario, el cuidado de las personas no suele percibirse como un trabajo, aunque lo rigen unos tiempos mucho más esclavos que los que implican las tareas domésticas.

El análisis del tiempo de trabajo de cuidados como factor de bienestar cotidiano considera que las tareas de cuidado difieren notablemente según su especificidad: el tiempo dedicado al trabajo de cuidado de los niños se asemeja poco al tiempo dedicado al trabajo de cuidado de la dependencia adulta. En particular, cuando este último caso incumbe el cuidado de personas discapacitadas, con enfermedades crónicas o personas mayores con mucha fragilidad. El tiempo de cuidado de los niños suele ser elegido, cuenta con un gran reconocimiento social y tiene un horizonte temporal finito, es decir, la autonomía de las criaturas marca el fin de la responsabilidad. Por el contrario, el tiempo dedicado al cuidado de los adultos dependientes siempre es sobrevenido, ni se planifica ni desea, supone pocas satisfacciones personales y tiene una duración incierta puesto que la autonomía no suele ser su meta.

La persistencia del modelo hombre ganador de pan y mujer ama de casa en el imaginario colectivo explica por qué la responsabilidad del trabajo de cuidados se distribuye según la división sexual del trabajo. Las mujeres son las principales cuidadoras, protagonistas de la otra cara de la dependencia, dan vida al cojín familiar que cubre los límites del sistema de bienestar español. Unos límites marcados por la débil red pública de atención a la dependencia y por la tradición familista que desacredita la intervención del Estado en determinados espacios de la vida cotidiana. Las consecuencias aparecen en forma de costes temporales, físicos y mentales evidenciando el malestar cotidiano de las personas cuidadoras. Este conjunto de factores, independientes del bienestar económico, justifican la necesidad de introducir un concepto de bienestar que contemple elementos de la cotidianidad, entre los cuales destaca la importancia de los usos del tiempo. Pero el imaginario social predominante esconde la dureza y los costes cotidianos del trabajo de cuidados al subrayar su dimensión afectiva. Este imaginario alimenta un mito acerca de los cuidados que idealiza la maternidad entre las mujeres jóvenes y reivindica la solidaridad intergeneracional entre las mujeres mayores.

Con todo, se refuerza la obligación moral de la cuidadora y, por lo tanto, la responsabilidad femenina de estas tareas. Una responsabilidad que conduce a las personas cuidadores presentes en el mercado laboral a vivir bajo un régimen de doble presencia intenso y agotador. Viven permanentemente en conflicto con los tiempos de trabajo hasta el punto que, a menudo, la responsabilidad de los cuidados obliga a renunciar al empleo, simplemente, por incompatibilidad horaria.

El tiempo de cuidado de los hijos: la contradicción del cuidado deseado

Cuando las parejas de doble ingreso se convierten en padre y madre asumiendo la responsabilidad del cuidado de los hijos su vida cotidiana, que hasta el momento no representaba ningún problema, se problematiza. El aumento del volumen de trabajo que supone el tiempo de cuidado dentro del hogar descubre, en parte, la ocultación del conflicto cotidiano de la división sexual del trabajo comentada en el apartado anterior.

A partir de las entrevistas se observa que cuando las parejas tienen su primer hijo se organizan según lo que se considera un reparto natural y lógico, aunque basado en la identidad social de la madre y el padre, es decir, según la división sexual del trabajo. Esta dinámica inicial junto a la novedad y provisionalidad de las primeras semanas explican por qué no existe una negociación explícita de la atribución de las nuevas responsabilidades y el reparto de las tareas que conlleva el trabajo de cuidados. Unas tareas que no solo se suman al trabajo doméstico, sino que contribuyen a visibilizar su importancia con relación al bienestar y al tiempo. La naturalización del cuidado como madres disponibles y la renuncia a negociar la distribución del trabajo doméstico con su pareja dan como resultado la reproducción de las desigualdades de género latentes en la vida de pareja sin hijos. A partir de las entrevistas se observa cómo los hombres manifiestan su voluntad de colaborar con la premisa de que hay responsabilidades exclusivas de las madres; responsabilidades que son vistas como el fruto de la vocación maternal de las mujeres naturalizando deseos y habilidades.

Bueno, en el caso de mi mujer existe la lógica, lo que es lógico y... Y lo que es lógico es que los niños, hay un lazo maternal muy fuerte, más que el paternal y..., las mujeres tienen la gran suerte de saber más de esto. Y ya está, no sé qué más aportar ahí (HJTC).

La provisionalidad de las primeras semanas no impide establecer una cotidianidad y organización del tiempo de trabajo difícil de revisar y renegociar en el futuro. En este sentido, la fuerza de la costumbre se impone a expensas de una verbalización del conflicto. Cuando los dos miembros de

la pareja vuelven a estar presentes en el mercado laboral, existe el peligro de mantener las dinámicas establecidas según el supuesto ritmo del instinto maternal. El escenario de la renegociación que supone la nueva situación se desvanece con el carácter implícito del pacto inicial que impone la inercia en la organización de la vida cotidiana. Con el paso del tiempo, esta inercia se puede convertir en hábito y en pauta de comportamiento, perdiéndose por el camino la oportunidad de establecer e inventar un nuevo modelo de convivencia más igualitario entre el hombre y la mujer.

La ocultación del conflicto solo finaliza con su estallido. Una vez cerrados los paréntesis laborales de la madre y con la expectativa femenina de recuperar la autonomía profesional, es cuando las mujeres comprueban que quizás es demasiado tarde para revisar y renegociar el reparto del tiempo de trabajo que hay detrás de la cotidianidad establecida. Es en este punto donde, de nuevo, se hace visible la contradicción y donde, de nuevo, puede emerger el conflicto cotidiano. Por entonces, el malestar de las mujeres jóvenes explica por qué la ruptura de la pareja emerge como un escenario más que probable.

Por la convivencia sí, por la convivencia. Aparte ostras yo soy bastante, no bastante, yo que sé a lo mejor ese punto que tenemos algunas mujeres de que ya nos habíamos puesto a vivir juntos, había cosas que no me, yo qué se, quería otro tipo de cosa, salir tanto por la noche a lo mejor, pues yo fui en descenso ¿sabes? De ir diciendo oye mira no porque no. A él quizás le costó un poco más ¿sabes? Y a lo mejor a mí jolín, pues una noche que saliera, tampoco era no has salido, pero a lo mejor yo que sé, de salir alguna noche y mira yo estaba allí en casa y mira me entraba una mala leche, que decía jolín y yo aquí como una pringada ¿sabes? Que quería a lo mejor vivir más (MJTC).

En esta situación, Bimbi (1999) define dos conflictos distintos en torno a las relaciones de poder entre ambos géneros. El primer conflicto se debe a las distintas necesidades que el padre y la madre plantean para conciliar vida laboral y familiar. Aunque el padre y la madre perciben el tiempo de cuidado como algo deseado y finito, su vivencia difiere según el género: para las mujeres supone rigidez temporal y trabajo mientras que para los hombres conlleva flexibilidad temporal y ocio. Es más, las madres no suelen concebir su tiempo de ocio sin los hijos, por el contrario, los padres se procuran un tiempo de ocio individual. La importancia del género a la hora de analizar los costes del cuidado y las entradas y salidas del mercado laboral pone de manifiesto que las mujeres son las principales perjudicadas del conflicto entre los tiempos de trabajo remunerado y de cuidados. El segundo conflicto surge alrededor de las distintas expectativas que hombres y mujeres tienen con relación a la división familiar del trabajo. En este sentido, Bimbi (1999) apunta que las consecuencias difieren en función de los regímenes de bienestar. En los países del

Sur donde el modelo cabeza de familia es fuerte y las provisiones del estado del bienestar débiles, este conflicto supone un aumento de divorcios y una disminución de la natalidad⁷. En cambio, en los países del Norte, donde parece que el modelo cabeza de familia pierde peso y el estado del bienestar es más fuerte, se da un aumento de las madres solteras.

A pesar de que el cuidado como trabajo sigue recayendo mayoritariamente sobre las madres, se detecta un cambio generacional en la toma de decisiones en torno a la educación de las criaturas. Los padres y las madres jóvenes de clase media comparten y toman conjuntamente las decisiones que incumben el futuro de sus hijas e hijos. Sobre todo, respecto a la transmisión de un patrimonio cultural y simbólico en que hombres y mujeres quieren estar presentes y participar. Este hecho a menudo implica la aparición de un padre ausente en las otras tareas del cuidado de las criaturas. Una tendencia que se manifiesta como más tímida entre la clase trabajadora, donde la mujer sigue, en buena medida como la máxima responsable de todos los ámbitos que tienen que ver con las criaturas.

En definitiva, entre la generación joven ha disminuido la cantidad de tiempo dedicado al cuidado de los hijos —con la disminución y retraso de la fecundidad— pero ha crecido su carga simbólica. Este incremento conlleva más satisfacciones pero, también, más frustraciones y malestar cotidiano para las mujeres. La convivencia en pareja y, especialmente, la aparición de las criaturas son momentos del curso de vida que ponen de manifiesto las contradicciones entre los discursos y las prácticas en la vida cotidiana. La manifestación más explícita de esta contradicción es el desengaño que sienten las mujeres jóvenes ante el comportamiento de sus parejas dentro del hogar. El origen de este engaño está en el proceso de socialización: las mujeres de la generación mayor se socializaron como amas de casa pero las mujeres de la generación joven se socializaron en un contexto de igualdad de oportunidades que implícitamente transmitía los estereotipos de género. Como consecuencia, las primeras interiorizaron las responsabilidades de cuidado consideradas femeninas con naturalidad, mientras que las segundas cuestionan algunas de estas responsabilidades que asumen, paradójicamente, con privilegio y resignación. El tiempo de la madre representa vivir la contradicción del cuidado deseado. El tiempo que los hombres dedican a sus hijos goza del privilegio simbólico de la ausencia. Es decir, la presencia del padre a menudo es más deseada y celebrada por los hijos acostumbrados a estar cotidianamente con la madre.

7. Según datos del INE, del 2001 al 2006 (año en que se realizó el trabajo de campo) creció el número de disoluciones matrimoniales en España pasando de 105.534 a 145.919. En el caso de la natalidad, creció el número de nacimientos de 405.313 en 2001 a 481.295 en 2006, si bien debe tenerse en cuenta el impacto de la inmigración.

El tiempo de cuidado de los adultos: la incertidumbre sobrevenida

La familia es la principal responsable del cuidado de las personas dependientes dada la debilidad del estado del bienestar y la influencia cultural de la tradición familiar⁸. Ambos aspectos refuerzan la obligación moral del cuidado que perciben y ejecutan muchas mujeres de la generación mayor. La identidad social de la persona cuidadora difiere según los vínculos familiares que mantiene con el adulto dependiente —hija, esposa, madre, hermana, nuera... Pero más allá de la identidad, todas las personas cuidadoras tienen un denominador común: piensan que están cumpliendo con su deber moral.

Mientras que el tiempo de cuidado de los niños es deseado y con un horizonte temporal finito, el tiempo de cuidado de los adultos dependientes es sobrevenido y con un horizonte temporal incierto. El análisis de la dimensión temporal de ambos trabajos permite caracterizar los distintos conflictos cotidianos que generan y sus consecuencias sobre el bienestar cotidiano. Las condiciones, los costes y las recompensas del cuidado de los adultos dependientes poco tienen que ver con la realidad del tiempo dedicado al cuidado de los niños.

La primera diferencia entre el tiempo de cuidado de los niños y el tiempo de cuidado de los adultos dependientes es que éste último no se puede programar, planificar y escoger: los cuidados aparecen como un trabajo sobrevenido. A pesar de la importancia de la clase y el género para asignar y distribuir su responsabilidad, la aceptación se da por supuesta aunque sea con resignación.

La segunda diferencia entre el tiempo de cuidado de los niños y el de los adultos dependientes es la incertidumbre temporal de éste último. Mientras que el horizonte temporal finito es un elemento clave para analizar el bienestar cotidiano de madres y padres. Todo lo contrario, el carácter incierto de la enfermedad se convierte en un elemento primordial para comprender y explicar el malestar cotidiano de las personas responsables de la dependencia adulta. En el caso de la dependencia adulta se desconoce cuándo acabará pero se conoce como acabará. La estrategia cotidiana para hacer frente a la incertidumbre temporal del cuidado es vivir al día, organizarse sobre la marcha y no hacer planes. Una estrategia que altera la percepción del tiempo de la persona cuidadora en la medida que desaparece el futuro de su horizonte temporal diluido en el presente. La dureza del cuidado cotidiano impone el cambio en la percepción del tiempo. Aceptar la responsabilidad de cuidado implica renunciar al proyecto de vida futuro y resignarse a la rigidez del presente.

8. En alusión al peso del imaginario social que concibe la familia como el máximo referente en materia de cuidado.

Yo siempre dije que él tuvo el accidente, se salvó, quedó tetraplégico, pero yo me morí. Esa es la sensación. Vivo, pero no vivo (MMMM).

La tercera diferencia apunta que el tiempo de cuidado de los adultos dependientes es extensivo en los años e intensivo en el día a día (Rodríguez Cabrero, 2004; Durán, 2006). El grado de dependencia define, en buena parte, la intensidad del cuidado. Pero en cualquier caso, las personas cuidadoras suelen mostrarse disponibles y accesibles para atender las necesidades de la persona dependiente. Ambos aspectos suponen un tiempo constante, sin pausa ni porosidad alguna, sujeto a los ritmos del enfermo. Como consecuencia la cotidianidad del cuidador se organiza en función de la cotidianidad del dependiente. Paradójicamente, se pierde la capacidad de controlar la gestión del tiempo personal a la vez que se sufre y se vive la rigidez del horario de la persona enferma. La responsabilidad del cuidado está permanentemente presente, es difícil desconectar. La combinación de la disponibilidad, accesibilidad e intensidad de este tiempo de trabajo con los lazos emocionales y la obligación moral del cuidado explican por qué a menudo los cuidadores renuncian a disfrutar de los pocos momentos de libertad personal disponibles. En este sentido, las entrevistas muestran cómo muchas de las personas cuidadoras se sienten imprescindibles para el bienestar del otro.

El conjunto de estas características introduce nuevos costes temporales a las personas cuidadoras en comparación al tiempo de las madres y de los padres. A pesar de que se sientan responsables de la atención al dependiente y piensen que están haciendo aquello que les toca, los costes cotidianos del cuidado diario son tan elevados que les resulta difícil reconocer y valorar las satisfacciones. La incertidumbre y rigidez del cuidado supone un malestar cotidiano inexistente en el caso de las criaturas. Esta carga temporal del cuidado tiene dos consecuencias.

En primer lugar, el tiempo de cuidado altera los ciclos temporales sociales e individuales. Por ejemplo, el relato de algunas personas evidencia como el trabajo de cuidados puede invertir el ritmo y la intensidad de la jornada laboral. A lo largo de la semana, y según las condiciones materiales de existencia, es más probable tener pequeños paréntesis al cuidado: el trabajo remunerado de la persona cuidadora, los centros de día donde acuden las personas dependientes o el apoyo informal de la familia al cuidado. Estos recursos son menos accesibles durante los sábados y los domingos cuando la oferta de servicios es más restringida y los precios más altos. De manera que los días festivos con relación al trabajo remunerado se convierten en días laborables con relación al trabajo de cuidado.

En segundo lugar, entre las personas entrevistadas el conflicto de los tiempos se manifiesta en dos direcciones. Por un lado, la responsabilidad del

cuidado conlleva la escasez de tiempo de libre disposición personal siendo la falta de tiempo un rasgo común entre las personas cuidadoras. Aspecto que se añade, por otro lado, a la dificultad de disfrutar del tiempo libre, cuando se dispone, dada la imposibilidad de desconectar y olvidar por unas horas la absorbente responsabilidad del cuidado. El conjunto de estas ambigüedades apunta a una dependencia mutua: de carácter cotidiano en el caso de los dependientes y de carácter emocional en el caso de los cuidadores:

Y es como una cárcel, pero no hay más. ¿Qué haces? Es una cárcel, ¿eh? Es como una cárcel. A ver quién está en una cárcel veinticuatro horas del día en una cárcel. Tienes que tener una expansión, o algún momento para salir, o algo. Por lo menos, si voy a trabajar, voy y vengo. En las horas que estoy en el trabajo por lo menos si hablas con uno, hablas con otro, haces una cosa u otra, pues la cabeza te se distrae algo. De la otra manera, si estás aquí metido y la ves así, no va la cabeza, te vas «comiendo el coco» tu solo (HMTC).

EL TIEMPO DE TRABAJO: UN CONFLICTO NO RESUELTO

El tiempo de trabajo emerge como factor de bienestar, especialmente, entre la generación joven socializada en un contexto democrático y teóricamente favorable a la capacidad de elección individual y a la igualdad de oportunidades. Paradójicamente, la emergencia del tiempo de trabajo como factor de bienestar se debe más a sus déficits que a sus beneficios cotidianos.

El principal déficit con relación al tiempo de trabajo y el bienestar se manifiesta entre la generación joven y tienen que ver con un cambio de discurso huérfano en la práctica cotidiana. Generacionalmente, ha cambiado más la manera de pensar que la manera de vivir. La brecha que separa las actitudes de los comportamientos abre la puerta al conflicto de los tiempos: escasez de tiempo, organización del hogar y contradicción del trabajo de cuidado.

La paradoja del tiempo es la realidad cotidiana de la generación joven: cuanto más tiempo se quiere ahorrar más escaso se manifiesta. El tiempo emerge como un bien escaso en la sociedad contemporánea (Perulli, 1996). El contexto de dicha emergencia se caracteriza por el desarrollo tecnológico que, potencialmente, facilita el ahorro del tiempo con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación o los electrodomésticos. Pero los usos del tiempo en la vida cotidiana no se hacen eco de esta supuesta mejora tecnológica en términos de tiempo. Algunas de las razones tienen que ver con el ejercicio del poder en la flexibilidad laboral, la imposibilidad de sustituir con electrodomésticos el *management* doméstico y el envejecimiento de la población. Contrariamente, la sociedad de consumo no cesa de ofrecer bienes y servicios bajo la falsa ilusión de libertad individual e igualdad social. La

realidad es contraria a esta ilusión, pues el consumo ostentoso no permite ahorrar tiempo, más bien obliga a gastarlo.

En segundo lugar, se observa que el tiempo dedicado al trabajo de cuidados emerge como el principal factor de malestar en la vida cotidiana. Paradójicamente, el componente afectivo que envuelve este trabajo esconde los costes que genera para el bienestar cotidiano. El valor social atribuido a la madre que cuida de sus hijos, a la hija que cuida de sus padres o a la joven que cuida de sus suegros justifica el tiempo, pero esconde el trabajo, dedicado al cuidado. La carga afectiva del tiempo de cuidado hace invisibles las relaciones de poder desiguales bajo las cuales se distribuye. La naturalización de su responsabilidad impide reconocer que las personas cuidadoras proporcionan bienestar a la persona dependiente a cambio de su propio malestar. La disposición y control del tiempo refleja el alcance de dicho malestar en la vida cotidiana.

En definitiva, el análisis del tiempo de trabajo desde una perspectiva amplia sirve de espejo para dibujar viejos conflictos sociales, con nuevas caras cotidianas. El contexto de crisis económica iniciado en 2007 contribuye a perpetuar la vigencia de estos conflictos que tienen que ver con la división social y sexual del trabajo. Y lo hace con el agravante que el empeoramiento de las condiciones materiales de existencia sitúa en segundo plano el conflicto de los tiempos en la vida cotidiana de las personas.

BIBLIOGRAFÍA

ADAM, Barbara (1999). «Cuando el tiempo es dinero. Racionalidades de tiempo conflictivas y desafíos a la teoría y la práctica del trabajo». *Sociología del Trabajo*, 37: 5-39.

ADELANTADO, José (ed.) (2000). *Cambios en el Estado de Bienestar*. Barcelona: Icaria-UAB.

BALBO, Laura (1978). «La doppia presenza». *Inchiesta*, VIII(32): 3-6.

BERGMANN, Werner (1992). «The problem of Time in Sociology. An overview of the literature on the state of theory and research on the 'Sociology of Time'». *Time & Society*, 1(1): 81-134.

BIMBI, Franca y CAPECCHI, Vittorio (eds.) (1986). *Strutture e Strategie della vita quotidiana*. Milán: Franco Angeli.

BIMBI, Franca (1999). «Measurement, quality and social changes in reproduction time. The twofold presence of women and the gift economy». En: HUFTON, O. y HRAVARITOU, Y. (eds.). *Gender and the Use of Time*. La Haya: Kluwer Law Int.

BOULIN, Jean Yves (1997). «From working time to city time: the case for a single approach to time policies». *Transfer*, 4(4): 723-736.

CARRASCO, Cristina; BORDERIAS, Cristina y TORNS, Teresa (2011). *El trabajo de cuidados: historia, teorías y políticas*. Madrid: Catarata.

DALY, Mary y LEWIS, Jane (2000). «The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states». *British Journal of Sociology*, 51(2): 281-298.

DURÁN, María Ángeles (2006). «Dependientes y cuidadores: el desafío de los próximos años». *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 60: 57-73.

—(2007). *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?*. Madrid: Espasa Calpe.

DURÁN, María Ángeles y ROGERO, Jesús (2004). «Nuevas parejas para viejas desigualdades», *Revista de Estudios de Juventud*, 67: 25-37.

ELIAS, Norbert (1989). *Sobre el tiempo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

—(1995). «Sur le concept de vie quotidienne». *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 99: 237-246.

ESTRADÉ, Antoni (1989). «El paper social i ètic del treball a través dels temps». *Món Laboral*: 10-17.

FRAISSE, Geneviève. (2000). «Servidumbre, servicios de proximidad y democracia». En: MARUANI, M., ROGERAT, Ch. y TORNS, T. (eds). *Las nuevas fronteras de la desigualdad*. Barcelona: Icaria.

HOBSBAWN, Eric (1979). *Trabajadores. Estudios de historia de clase obrera*. Barcelona: Editorial Crítica.

HUFTON, Olwen y KRAVARITOU, Yota (eds.) (1999). *Gender and the use of time*. La Haya: Kluwer Law Int.

HELLER, Agnes (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.

LUHMANN, Nicklas (1986). «La mancanza di tempo e il predominio delle scadenze». En: PAOLUCCI, G. (ed.). *Il disagio del tempo. La metafora della scarsità di tempo nella vita quotidiana*. Roma: Editrice Iauua.

MacINNES, John y SOLSONA, Montserrat (2006). *Usos del temps i famílies*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona-Regidoria Nous Usos Socials del Temps.

MORENO, Sara (2007). *Temps, treball i benestar: una aproximació des de la vida quotidiana*. Barcelona: Temps, treball i benestar: una aproximació des de la vida quotidiana [Tesis Doctoral, Directora Teresa Torns Martín] (en línea). <http://www.tesisenxarxa.net/>

—(2009). «Uso del tiempo, desigualdades sociales y ciclo de vida». *Política y sociedad*, 46 (3): 191-202.

—(2010). «El tiempo de trabajo: De la jaula dorada a la libertad azarosa». *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 28(2): 299-321.

PERULLI, Angella (1996). *Il tempo da oggetto a risorsa*. Milano: Franco Angeli.

PRIETO, Carlos y RAMOS, Ramón (1999). «El tiempo de trabajo: entre la competitividad y los tiempos sociales». En: MIGUÉLEZ F. y PRIETO, C. (eds.). *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI.

PRIETO, Carlos (ed) (2007). *Trabajo, género y tiempo social*. Madrid: Editorial Hacer, Editorial Complutense.

PROKOP, Ulrike. (1978). *Realtà e desiderio. L'ambivalenza femminile*. Bolonia: Feltrinelli.

RAMOS, Ramón (1990). *Cronos dividido*. Madrid: Instituto de la Mujer.

—(ed.) (1992). *Tiempo y sociedad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

—(1997). «La ciencia social en busca del tiempo». *Revista Internacional de Sociología*, 18: 11-37.

RODRÍGUEZ-CABRERO, Gregorio (1999). *La protección social de la dependencia*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Instituto de Migraciones y Servicios Sociales.

—(2004). *El Estado del Bienestar en España: debates, desarrollo y retos*. Madrid: Editorial Fundamentos.

PICCHIO, Antonella (1992). *Social Reproduction: the Political economy of the Labour market*, Cambridge: Cambridge University Press.

SARACENO, Chira (1986). «Uomini e donne nella vita quotidiana. Ovvero: per una analisi delle strutture di sesso della vita quotidiana». En: BIMBI, F. y CAPECCHI, V. (eds.). *Strutture e strategie della vita quotidiana*. Milà: FrancoAngeli.

—(1995). «Familismo ambivalente y clientelismo categórico en el Estado del Bienestar italiano». En: SARASA, S. y MORENO, L. (eds.). *El Estado del Bienestar en la Europa del Sur*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

SEIFERT, Helmut. (2004). «Changing patterns of working time in Germany- From shorter working hours to more flexible work schedules». *Trabajo*, 13: 81-96.

THOMPSON, Edward Palmer (1979). *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona: Crítica.

TORNS, Teresa (2007). «El tiempo de trabajo y las relaciones de género: las dificultades de un cambio ineludible». En: PRIETO, C. (ed.). *Trabajo, género y tiempo social*. Madrid: Editorial Hacer, Editorial Complutense.

TORNS, Teresa; BORRÀS, Vicent y CARRASQUER, Pilar (2004). «La conciliación entre la vida laboral y familiar: ¿un horizonte posible?». *Sociología del Trabajo*, 50: 111-138.

VALIENTE, Celia (1997). «¿Algo más que “ganadores de pan”? El papel de los hombres en el ámbito familiar en España (1975-1996)». *REIS*, 79: 221-243.

WEBER, Max (1987). *Ensayos de sociología contemporánea*. Madrid: Taurus.

Colección DEBATE SOCIAL

RELIGIÓN Y POLÍTICA EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Alfonso Pérez-Agote y José Santiago (eds.)

TRABAJO, SUBJETIVIDAD Y CIUDADANÍA: PARADOJAS DEL EMPLEO EN UNA SOCIEDAD EN TRANSFORMACIÓN

Eduardo Crespo, Carlos Prieto y
Amparo Serrano (eds.)

SOCIOLOGÍA DE LA EXPERIENCIA

François Dubet

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Donatella Della Porta y Mario Diani (eds.)

MEDIACIONES TECNOLÓGICAS: CUERPOS, AFECTOS Y SUBJETIVIDADES

Amparo Lasén y Elena Casado (eds.)

El tiempo es una dimensión esencial de las relaciones de poder. La posibilidad de organizar y de decidir sobre nuestros tiempos depende de la posibilidad de obligar a supeditar los tiempos ajenos a los nuestros. De ahí que el tiempo sea objeto de continuos conflictos. Estos se han agudizado en las últimas décadas por las transformaciones experimentadas en dos ámbitos claves del orden social.

En primer lugar, en el ámbito laboral. La desregulación laboral, el consiguiente incremento del poder empresarial frente a la clase asalariada y la intensificación de la competencia han llevado a las empresas a reducir los costes laborales eliminando trabajo en los períodos de menor intensidad productiva. Este proceso se ha visto acentuado por el crecimiento del sector servicios, en el que se compite por la clientela ofreciendo horarios más amplios y mayor celeridad en la atención al cliente. En estas condiciones se han multiplicado las jornadas atípicas, los contratos precarios y a tiempo parcial, los horarios fragmentados, las horas extraordinarias, la flexibilización de la jornada: la exigencia a los asalariados de supeditar sus tiempos a las necesidades empresariales.

En segundo lugar, en las relaciones de género. Las mujeres abandonan cada vez menos el trabajo asalariado al emparejarse y tener hijos para dedicarse en exclusiva al trabajo reproductivo. Pero este es poco asumido por los varones, generándose las problemáticas de la “doble jornada” femenina y de la conciliación entre la vida familiar y la laboral.

La conjunción de ambas transformaciones acentúa la tensión entre las temporalidades laborales y las de las otras actividades sociales, multiplicando los conflictos en los ámbitos laboral y familiar en torno al tiempo.

